

## Con el actor y cantante Pablo Saldarriaga

# Vida de tablas, *funk* y bohemia

Juan Pablo Ezeta & José Manuel Chirito

¿Cómo vivir amando lo que haces? Esa, quizás, es la pregunta más difícil de responder para un hombre. El mundo actual nos obliga a seguirle el paso y para no perecer necesitamos ceñirnos a sus reglas. El sistema restringe nuestros sueños y nos hace creer que estos son inalcanzables; nos cortan las alas antes de saber siquiera que existe la posibilidad de volar. Buenas notas en el colegio, título universitario, impecable currículum: ¿La fórmula del éxito? La respuesta es no. Este radica en el simple hecho de ser feliz, una tarea casi imposible en un país como el nuestro. Sin embargo, dentro de esta atmósfera de resignación y conformismo, hay quienes se resisten a perder sus alas; quienes están lo suficientemente locos como para intentar volar. Pablo es uno de esos locos.

La vocación nos llama a todos en algún momento de nuestras vidas. A Pablo le ocurrió algo muy peculiar. Desde que era adolescente le gustaba la actuación. Pero en el taller donde empezó a formarse era un actor entre bailarines, lo cual incrementó su impaciencia. No obstante, terminó aprendiendo mucho más de lo que imaginó. La experiencia le enseñó a fusionar las dos artes. Desde entonces, la actuación se convirtió en una prioridad. Tal es el caso que renunció a su viaje de promoción por estar trabajando en una obra para esta compañía de danza, además de desaprobado cinco cursos en su primer ciclo universitario. Pablo cuenta que lo hizo porque tenía una ley de la escena. "Podía jalar un curso, pero nunca iba a plantar una función. De ninguna manera".

Le apasionaba actuar, pero sabía perfectamente que no podía dedicarse exclusivamente a eso. Sobre todo en tiempos donde la vida de un actor era tan dura. Por eso decide ingresar a la Universidad de Lima para estudiar Ciencias de la Comunicación. No la vio como la carrera que más lo apasionara, sino como la que más se adecuaba a sus intereses. Finalmente, esta sería un complemento de gran ayuda para trabajos posteriores.

A pesar de estudiar una carrera universitaria, Pablo mantenía la consigna de entrar en la actuación. Estuvo trabajando en dos novelas y haciendo algo de teatro de la mano de Oswaldo Cattone, antes de que se le presentara la jugosa oferta para una nueva novela juvenil muy al estilo de Onda Vaselina: *Torbellino*. Empezó en 1997 y obtuvo gran éxito comercial y reconocimiento a nivel continental. La fiebre contagiaba a miles de fanáticos, que empezaron a conocer el nombre de Pablo Saldarriaga. Durante esta etapa se vio obligado a dejar la universidad. *Torbellino* le dio a Pablo la tranquilidad económica que estaba esperando y gracias a esto logró terminar de pagar sus estudios de Comunicación, los cuales culminó tras ocho años. Actor, comunicador y se nos olvidaba algo muy importante: la música.

Pablo empieza a hacer música desde muy joven. En su primera banda interpretaba, junto a sus amigos de colegio, sus propias versiones de clásicos del rock en español. Aunque siempre se consideró rockero, se vio muy influenciado por artistas *New Age*, de los cua-

les escuchaba discos y casetes que a veces les quitaba a los bailarines en el taller donde empezó. La curiosidad es un rasgo que lo caracteriza y fue por eso que se interesó por estos ritmos tan extraños para su entorno. Durante esta época también empezó con el saxo, instrumento que lo acompañaría en su etapa *funk*. "Aprendí con el *funk*. Y fue muy coyuntural. No es que yo dijera 'ah, ese es el *funk* y ese es el mío'. No fue así, pero yo aprendí música con eso y el *funk* te permite jugar así no sepas hacer música".

Luego de ser vocalista por seis años en la banda Mezcal, se unió a La Roja. Con esta banda de *funk* pudo fusionar sus dos pasiones: la música y el teatro. Su grupo hizo bandas sonoras de programas de televisión y obras como *El Perú jaja*. Incluso formaron parte del elenco de *Star stone opera funk*, dirigida por él mismo.

Gabriel Iglesias, el bajista de la banda, compartía una amistad con Pablo desde la época universitaria. Años atrás, y siendo aún estudiantes, trabajaron una especie de comedia satírica llamada *Nada que ver*. Tras grabar un piloto y enviarlo a diferentes estaciones televisivas, recibieron la aprobación de Panamericana Televisión y una oferta para salir al aire. Lamentablemente días después estalló el escándalo Schutz-Montesinos y el proyecto se truncó. Después de este suceso sus apariciones en la caja boba fueron muy esporádicas. En la década del 2000 tuvo unas cuantas participaciones en televisión como *Misterio* (2005) y *Los broders* (2008), pero no participó en papeles muy interesantes. Eran más de personajes accesorios. Por el contra-

rio, en el teatro, Pablo estaba empezando a ganar una gran reputación. *El Perú jaja* le trajo grandes satisfacciones, no solo a él, sino a toda la industria de las tablas, ya que en opinión de muchos, esta obra fue la que sentó el camino para que el teatro se vuelva la industria tan difundida y asentada que es hoy. Un artífice de esto es la directora Rocío Tovar, con quien Pablo mantiene una gran amistad y a quien conoce desde su época en *Torbellino*.

Tras ganar experiencia y afianzarse en la industria, en el 2007 Pablo dirige su primera obra. Una ópera *funk* con un guion ambientado en el espacio sideral, lleno de personajes y situaciones psicodélicas en la búsqueda de una estrella mágica. Junto a Érika Villalobos, Christian Ysla, entre otras figuras del medio, esta obra musical se llevó a cabo durante un mes con una buena aceptación del público. Lograron llevarla a la Universidad de Lima, donde también grabaron el disco en vivo.

Aparte de trabajar con Rocío y otros directores en teatros como el Peruano-Japonés y La Plaza ISIL, Pablo participó también en creaciones colectivas independientes. *La diversión desconocida* ha sido uno de sus últimos proyectos personales, en el Sachtmo de Miraflores, donde usaba su creatividad ingeniosa al máximo.

Quizás el 2011 ha sido el año para Pablo y para el teatro nacional. Cada vez se han realizado obras de nivel superior en calidad técnica y actoral. *TuLima* fue una producción que desde sus inicios planteaba igualar la calidad de los musicales peruanos con los de Broadway. La creatividad de Rocío Tovar, su-

mada al talento de Vania Masías y contando con actores tan renombrados como Delfina Paredes, hacen de una obra como *TuLima* un espectáculo dinámico, brillante, colorido, y lo más importante: nos deja un gran mensaje y una reflexión sobre nuestra propia sociedad, a la que a veces estamos muy ocupados para ver.

La reconocida bailarina Vania Masías declaró en una entrevista que si musicales extranjeros son adaptados para ser estrenados en Perú, ¿por qué no podría suceder lo mismo pero al revés? Una posibilidad de llevar una obra peruana al extranjero. Se trata de un gran reto que implica un esfuerzo al máximo por tener una obra impecable, libre de errores. En resumen, la premisa del teatro nacional este año es incrementar el nivel de manera sustancial.

No solo su lado artístico es admirable. Pablo también es un ciudadano comprometido que ha participado activamente de marchas sociales como la ocurrida hace un tiempo por el conflicto en Bagua. También ha trabajado con estudiantes de distintas carreras en la UPC dictando cursos de proyectos interdisciplinarios y hace algunos meses construyó casas para familias en extrema pobreza en

la campaña de "Un Techo Para Mi País" para famosos.

En conclusión, conocer a Pablo ha sido una muy grata experiencia. Debemos reconocer nuestros nervios al tener al frente a un personaje tan reconocido como él; desde el primer contacto se empeñó en hacer que estos desaparezcán a punta de bromas y un trato muy cálido. Lejos estaban ya los recuerdos que teníamos de Pablo como "El Burrito", o el escolar irreverente de *Torbellino*. Era ese actor, ese artista, ese músico y toda su experiencia. Fue muy sincero, se notaba en su rostro. Compartió con nosotros toda una tarde su visión del mundo. El artista completo. El hombre sencillo. Ese Pablo que fuimos conociendo durante estos meses, que intentamos desnudar en este trabajo, pero él lo hizo para nosotros. Se desnudó desde que lo conocimos, despojándose de toda careta. Teníamos mil preguntas que hacerle y terminamos haciéndole un millón. Él respondió a cada una de ellas sin impacientarse, siempre mostrando una sonrisa sincera. Esa sonrisa del artista completo, que disfruta apoyando el arte, disfruta dando a conocer lo que hace. El arte es para compartirlo y Pablo Saldarriaga ha compartido mucho de este con nosotros. Hasta que se abra de nuevo el telón, Pablo.